

HOY

Angélica y Jairo discutían si el término correcto sería –en historiografías aún imaginarias– *neocolonización antioqueña* o *colonización neoantioqueña*. Una discusión ridícula que, por ridícula, nos ayudaba a aplacar los nervios. Jamás habíamos emigrado: eso sucedía en otros lugares, o en otros tiempos, o en todo caso, en otros. Pero hoy emigrábamos todos: *ellos* para arriba y nosotros para los lados, para todos lados. Hoy nos tocó, no porque no queramos vivir en Medellín –como a veces vociferábamos– sino porque sencillamente no podemos. El cielo ha adquirido un color extraño y hace semanas que nos desviaron el acueducto –la única fuente de agua mínimamente segura– pues *ellos* tenían la ganadería pero no el agua para mantenerla. Resolvieron, entonces, quitárnosla a nosotros. Hoy el litro de agua se subasta y el gramo de carne se compra en preventa. Pobres animales, incluso hoy que el Sol se ha tornado amenazante, continúan esclavizados al paladar de pocos. Nosotros, por lo menos, no estamos condenados al plato de *ellos*... por ahora.

Darién.